



Benito Pérez Galdós. (Foto de Antonio Calvache, 1909).

UNA INNOVADORA FORMA DE CONTAR

Galdós es ante todo novelista; sus tanteos con la literatura comienzan de la mano del periodismo, el teatro y el ensayo. Los Episodios Nacionales lo introducen de lleno en la novela y con *La desheredada* se muestra la innovación galdosiana. Se trata de uno de los novelistas españoles más laureados de siempre, quizá solo por detrás de Cervantes. Y fue, además, un escritor muy prolijo, con más de setenta novelas en su haber. Admirado y discutido en su tiempo, Galdós ha sufrido altibajos en la estimación posterior. En los años 20 y 30, casi era una moda despreciar su obra (aunque sabemos que Lorca la admiraba). Su fama comenzó a crecer cuando, a partir de 1950, la literatura se orienta hacia un realismo social y crítico. En los últimos años, y a pesar de que el arte narrativo emprenda caminos muy alejados a los suyos, Galdós ha visto renovada su fama gracias a las diversas adaptaciones cinematográficas que de sus obras se han hecho. Hoy, definitivamente, Galdós representa una de las cimas de la novela española y universal.

¿Pero en qué consiste la “innovadora forma de contar de Galdós”? Hagamos un preámbulo antes de adentrarnos en la cuestión que nos ocupa. La narración es el relato de uno o varios hechos que se han producido en un determinado contexto y que se conciben según un orden; es una recreación de la realidad. La presencia en el texto de los elementos que intervienen en la comunicación (emisor, receptor, referentes...) se realiza mediante los elementos de la narración: narrador, acción, personajes, espacio y tiempo. Las técnicas narrativas organizan cada uno de estos elementos, son recursos narrativos o modos ordenados que utiliza el escritor para atraer al lector hacia la realidad que está dentro de una historia contada; a ello hay que sumar el estilo del autor, su manera de escribir con sus rasgos personales y propios.

En torno al estilo galdosiano, los debates datan de la época misma en que empieza a escribir sus obras, las opiniones son variadas según la época y el autor. Lo que está claro es que desde que empieza a escribir Galdós pretende cambiar el rumbo de las letras en su época. Con el paso del tiempo, Galdós evolucionó hacia un estilo cada vez más psicológico, en donde el plano mental de sus personajes cobra mayor importancia. Desde un punto de vista estilístico, esto se materializa en el uso de nuevas técnicas narrativas para dar voz a sus personajes, como el monólogo interior o el estilo indirecto libre. Con estas estrategias de representación del discurso no solo se minimiza la figura del narrador, de importancia cardinal en sus primeras obras, sino que se consigue una vía de ingreso hacia la interioridad del personaje, uno de los pilares del naturalismo, el movimiento que reemplazaría al realismo y que, para muchos, Galdós fue abrazando a medida que se sucedieron sus novelas.

Galdós opinó sobre su estilo de una manera muy interesante en una entrevista con Luis Bello poco antes de morir:

“–Busco..., busco... Naturalmente, al escribir siempre hay que buscar. No sé lo que harán otros; pero yo desecho muchas ideas, muchas formas fáciles. Esta rotundidad, tan musical, del castellano, ¿no le parece a usted que conviene cortarla, de vez en cuando? A mí me gusta meter ex-abruptos. Romper. Por lo demás, el estilo no deja de construirse un escritor mientras no deja de escribir. Cada uno hace estilo a su manera.

[...]

–Ya sé que mi estilo no parece estilo a muchos que buscan también; buscan otra cosa. Creen que lo mío es fácil. Yo les entiendo; comprendo que trabajen. Pero sería demasiada inocencia si yo me entretuviera en esos perfiles con tantas cosas como tengo que contar. Para mí el estilo empieza en el plan. Dentro de un asunto, lo que acepto, lo que rechazo; lo que va a entretenerme y a divertirme, según vaya escribiéndolo. Y de los tipos, de los personajes, no todos son de mi estilo. Muchas veces entran sin querer yo, pero me pongo a mirarlos desde mi rincón, les doy cierto sesgo...”

Galdós y el realismo literario

Buena parte de las características narrativas de la obra de don Benito Pérez Galdós son las mismas que caracterizan a la novela realista, no por nada Galdós será considerado como uno de los más destacados cultivadores del género. El realismo es un movimiento artístico que triunfó en Europa a mediados del siglo XIX y que pretendía retratar la realidad lo más fielmente posible; supone una superación del Romanticismo y es la expresión de la sociedad burguesa que se va consolidando.

Enfrentarse a lo contemporáneo es, quizás, el punto de partida estético más importante del realismo. Bien lo sabían Galdós y Clarín, y para constatarlo basta echar una ojeada a las “Observaciones sobre la novela contemporánea en España” de 1870, verdadero manifiesto del realismo en España, o al canónico ensayo “El libre examen y nuestra literatura presente”, que Alas incluyó como columna vertebral de su primer libro de crítica literaria, *Solos de Clarín* (1881). En ambos textos se afirma que la nueva novela debe enfrentarse a “la vida contemporánea” (Clarín) o al “maravilloso drama de la vida actual” (Galdós). Al aire de la revolución del 68 el mundo moderno irrumpe en la novela española, que necesitará el impacto de la escuela naturalista de Zola para consolidar dicha irrupción, que en Francia, siempre el referente de la literatura española del siglo XIX, se había producido después de 1848, por la vía de la novela (Flaubert con los antecedentes de Stendhal y Balzac), de la poesía (Baudelaire, leído magistralmente en este sentido por Walter Benjamin), de la pintura (Courbet) e incluso de la filosofía (Proudhon), quien, por cierto, tanto entusiasmó al joven Galdós.

Tanto Galdós como Clarín entendían la novela realista como una aproximación a la vida contemporánea, con voluntad de escribir su historia, o mejor, su intrahistoria. La novela realista es la historia de las costumbres, no de los acontecimientos; los novelistas realistas devienen, -Balzac, Flaubert o Galdós- en historiadores de las costumbres. Por ello, en mayor o menor medida, son moralistas del cuerpo social, conciencias críticas de la sociedad burguesa. La novela realista es así arte de la burguesía y arte antiburgués. Clarín señalaba en “El libre examen y nuestra literatura presente” que Galdós, al aire de los novelistas ingleses, no atacaba en las novelas que van de *Doña Perfecta* a *La familia de León Roch* “el fondo del dogma católico”, sino que “atacaba

las costumbres y las ideas sustentadas al abrigo de la Iglesia por el fanatismo secular”; mientras años después, en el folleto “Benito Pérez Galdós (Estudio crítico-biográfico)” (1889) volvía a indicar, ahora a propósito de las “novelas españolas contemporáneas”, que en estas profundizaba “en la vida social y en la moral, pareciéndose en esto último a muchos escritores ingleses, que por cierto él estima grandemente”. Galdós es, a juicio de Clarín, no solo el verdadero historiador de la sociedad española contemporánea, de sus costumbres, gracias a un “altruismo artístico” o “facultad de transportar la fantasía con toda fuerza, con todo amor, a creaciones por completo trascendentales, que representan tipos diferentes, en cuanto cabe diferencia, del que el autor pudiera representar más aproximadamente”, sino que es una lúcida conciencia moral que opera sobre ella: sus novelas realistas dicen a sus contemporáneos las verdades apagadas o soslayadas.

Las novelas realistas galdosianas, al penetrar en los interiores ahumados de diversos ámbitos de la sociedad, constituyen, como las de Balzac o las de Zola,



Galdós dando lectura previa a su discurso de ingreso en la Real Academia en los salones del doctor Tolosa Latour (1897).

una genealogía de la moral, que la crítica clariniana reconoce sistemáticamente en los quehaceres narrativos de Galdós. Así, por ejemplo, al reseñar *Lo prohibido* señala, tras citar los modelos de Balzac y Zola, que “hasta Galdós, ningún novelista español había penetrado de veras en las entrañas de nuestro cuerpo social, anémico y lleno de drogas, con que en vano procura remediar males secretos apestosos”.

Asimismo, si otros novelistas brillaban especialmente en la descripción de ambientes, Galdós es el novelista integral. Por una parte, es un poderoso pintor de ambientes; Galdós cuida sumamente la documentación sobre escenarios, ambientes, costumbres, gentes, etc., según los métodos del realismo más riguroso. Sus penetrantes dotes de observación le hacen encontrar el detalle significativo, los rasgos que compondrán una “atmósfera”. Calles y plazas de Madrid, interiores de casas burguesas o humildes, comercios, oficinas, etc. aparecen evocados en sus obras con relieve imborrable. Y la variedad es tal, que nos ha dejado un fresco amplísimo de la sociedad de su tiempo, aunque con predominio de la “mesocracia”.

Galdós, también, es un realista de almas: sus personajes poseen una verdad que solo puede conferir una agudísima intuición del corazón humano y una infrecuente capacidad de comprensión, que alterna con una lucidez exigente. Su pintura de caracteres se basa, unas veces, en una admirable técnica del retrato, a base de pinceladas sueltas sobre los rasgos físicos o morales, la indumentaria, los gestos; pero, sobre todo, Galdós domina el arte de caracterizar a sus personajes por su lenguaje, poniendo en cada uno rasgos diferenciadores de habla. Esto nos lleva a hablar de nuevo de su estilo.

En algunos puntos, la técnica y el estilo de Galdós son de una sorprendente modernidad. En este sentido, hay que destacar su frecuente utilización del monólogo interior, que consiste en la reproducción de los pensamientos de un personaje, imitando su *fluir* natural y hasta desordenado, sin aparente intervención del narrador. Tal procedimiento es uno de los más característicos de la novela contemporánea.

La intención crítica, en fin, redondea estos rasgos del realismo galdosiano. Pero, salvo en algunas obras primerizas, no adopta la forma de “tesis”. Su gran arma es la ironía, de la que Galdós es maestro.

Galdós y su teoría acerca de la novela

Aunque Galdós no expresó nunca en forma sistemática una teoría acerca de la novela, podemos conocer algunas de sus ideas fundamentales en su concepción del novelar a través de sus dos ensayos, “Observaciones sobre la novela contemporánea en España”, publicado en 1870 (mencionado con anterioridad) al comienzo de su carrera novelística, y su *Discurso de recepción en la Real Academia Española* en el año de 1897. En el primero de ellos se encuentran ya en forma definida los principios de su credo realista que lo había de guiar a través de su extensa producción. En cuanto al “Discurso”, viene a significar una declaración sustancial respecto a la significación de su propio proyecto artístico y el contrapunto a las teorizaciones que casi treinta años antes (1870) había publicado en la *Revista España*. Ahora, madurado en años y en experiencia, Galdós añade dos importantes puntualizaciones: la primera, artística, es la necesidad de equilibrar con exactitud y belleza en esa “imagen de la vida que es la novela”; la segunda, bastante más pragmática, es la obligación que tiene el artista de “estudiar la vida misma”, la coetánea, para extraer de ella “las ficciones que nos embelesan (pero que también) nos instruyen”. Conjugan ambas premisas, la artística y la pragmática, el programa galdosiano de finales de la década; que es, en resumen, la afirmación de un arte realista que, además de mostrar deleitando, cumple la misión de aleccionar educando. El escritor evita mencionar a la clase media de sus primeras alusiones. Se muestra al mismo tiempo balzaquiano y rompedor de aquel realismo; a la vez, conservador e innovador y sugerente en sus significaciones; a la par, consciente de la “descomposición presente del género” y esperanzado ante la posibilidad de nuevas formas narrativas. Es un discurso esencial, producto de la madurez y de la reflexión; pero conciso y comedido, directo, escueto casi. Nada sobra en él. Fue muy aplaudido, como era de esperar.

En conclusión, lo esencial, según este manifiesto, sería la creación de una novela nacional de caracteres, basada en la pura observación, la cual había de sustituir a la novela convencional que venía prevaleciendo en España a impulsos de influencias extranjeras. Además, esta futura novela nacional debería apoyarse en la recién formada clase media como material directo para sus construcciones artísticas.

Galdós crea, pues, en sus obras un universo de ficción fiel a la realidad; la

sociedad contemporánea es su fuente de inspiración. Así, en el discurso de ingreso en la Real Academia Española al que nos hemos referido, y al que hoy se le conoce con el título de “La sociedad presente como materia novelable” afirma:

“Imagen de la vida es la Novela, y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea, y el lenguaje, que es la marca de raza, y las viviendas, que son el signo de la familia, y la vestidura, que diseña los últimos trazos externos de la personalidad: todo esto sin olvidar que debe existir perfecto fiel de balanza entre la exactitud y la belleza de la reproducción”.

Y como influencias literarias relevantes, la de Cervantes es palpable por dondequiera que se enfoque la obra de Galdós, desde giros de lenguaje copiados textualmente o transformados ligeramente, a una concepción de la novela que incluye la división en capítulos, el conflicto entre realidad e ilusión, el uso del humor, de la locura, y así de un sinfín de elementos técnicos y morales. Galdós, cuyo libro favorito era *El Quijote*, da a sus descripciones un tono cervantino a propósito, porque esa era su manera también de ver el mundo a su alrededor, pero no menos porque esa forma de narrar tocaba una cuerda que divertía a su público lector, contento de reconocer las fórmulas cervantinas y de verlas aplicadas a su propia época.

Galdós y las novelas españolas contemporáneas

Desde 1881, fecha de publicación de *La desheredada*, hasta 1897, en que aparecieron *Misericordia* y *El abuelo*, se extiende la etapa más interesante de la creación galdosiana. A lo largo de estos años van viendo la luz los veinte títulos que constituyen el conjunto de las Novelas españolas contemporáneas. Abandona el autor el relato de tendencia, que hasta entonces había venido cultivando y que le había deparado alguno de sus éxitos más resonantes o polémicos con novelas como *Doña Perfecta* y *Gloria* entre otras, para iniciar un tipo distinto de narrativa bastante cercano a la escuela naturalista. Los críticos más solventes de entonces saludaron el comienzo de esta nueva etapa en la producción del novelista. Uno de los primeros en pronunciarse al respecto

fue Leopoldo Alas (Clarín):

“Por eso considero que debe ser bendito y alabado el cambio que ha sufrido Galdós en su última novela *La desheredada* cuya primera parte acabo de leer, y me ha hecho ver bien claro que muchas de las doctrinas del naturalismo las ha tenido por buenas el autor y ha escrito según ellas y según los ejemplos de los naturalistas.”

En medio de las opiniones que suscitó la obra recién editada, merecen mención aparte las de Giner de los Ríos, quien escribía entusiasmado en carta al novelista que “aquello” superaba con mucho a todo lo que había ido publicando hasta entonces: “Ahora es V. el autor de *La desheredada*. Ya esto es harina de otro costal” (Fernández Montesinos). Pérez Galdós mismo en su respuesta tantas veces citada a don Francisco, se mostraba de acuerdo con la valoración que este había hecho de su novela y exponía los propósitos que le habían guiado al componerla:

“Efectivamente, yo he querido en esta obra entrar por nuevo camino e inaugurar mi segunda o tercera manera como se dice de los pintores. Puse en ello especial empeño y desde que concluí el tomo lo tuve por superior a todo cuanto he hecho anteriormente” (Fernández Montesinos).

El influjo que ejerció el naturalismo, tan en boga por aquellos años, sobre Galdós resulta innegable y, por supuesto, muy provechoso para el progreso de su arte narrativo. En efecto, a partir de esta novela el escritor “va a prescindir de todas aquellas lentes que le impedían ver bien y le deformaban los personajes. Ya nunca habrá tesis extremosas ni aquellos tediosos discursos que tanto y tan inútilmente alargan novelas como *La familia de León Roch*” (Fernández Montesinos).

Ahora bien, aunque resulta evidente la influencia de Zola en las novelas de este periodo, es menester señalar asimismo que la adscripción de Galdós a la ortodoxia naturalista se vio atemperada en gran medida por algunas características muy personales, que confieren a su narrativa perfiles inconfundibles.

La continua presencia de un sentido del humor marcadamente cervantino en la escritura galdosiana constituye sin duda uno de esos rasgos diferenciales; otro, de idéntico origen, sería el muy consciente y muy funcional empleo de los más diversos tipos de transtextualidad que en ella se advierte. Habría que mencionar, en fin, como ingrediente también importante en la configu-

ración de estos textos, la presencia frecuentísima de ingeniosos juegos metaficticiales, que sorprenden al lector, estableciendo con él lazos de divertida complicidad que, desde luego, conculcan las prescripciones de objetividad y de imparcialidad a que debían ajustarse los narradores naturalistas.

Los apartados que el escritor estableciera cuando empezó a publicar sus *Obras completas*, han seguido manteniéndose sin mayores discusiones; de modo que se separa el mundo narrativo de los episodios del de las novelas y aun entre estas se distinguen las de la primera época frente a las contemporáneas.

Galdós, innovador de la narrativa española

Para erigirse como el maestro de novela realista española, Galdós evoluciona, pues, en su técnica novelística. Aunque la técnica varía en función de la actitud del autor frente a la realidad, resumimos algunas de las líneas maestras que conforman su quehacer literario:

El narrador omnisciente

Lo más habitual en las novelas de Galdós es encontrarnos con un narrador omnisciente, algo por otro lado común a buena parte de la novela realista. No obstante, entre la amplia obra del escritor canario nos encontramos ejemplos de novelas dialogadas (*Realidad*, *Casandra*, *El abuelo...*), obras epistolares (*La incógnita*) o autobiográficas (*El amigo Manso*).

En la inmensa mayoría de casos en los que la voz narrativa pertenece a un narrador de tipo omnisciente, este puede ser testigo de los sucesos o mero transmisor de los hechos que un tercero le ha narrado (*Fortuna y Jacinta*). No resulta extraño que este narrador caiga frecuentemente en digresiones que le facilitan al lector información pertinente sobre los antecedentes de la historia o que, simplemente, se dedique a la especulación de carácter filosófico. Este modo de narrar hace que la acción se demore, permitiendo al lector familiarizarse convenientemente con todos los aspectos de la narración. Pero lo que sin duda llama más la atención de este tipo de narrador es que, como apunta Sánchez Barbudo, es un narrador que narra desde la novela misma, tan cercano a los sucesos que duda, critica o se muestra chismoso, tan paradójicamente humano como los personajes de quien habla. Esto hará que

el tono narrativo predominante sea de carácter conversacional, lo cual colaborará a que entre narrador y lector se establezca un tono de confianza, llegándose incluso a apelar directamente a este último.

Finalmente, el narrador galdosiano, como no podría dejar de ser, se muestra extremadamente cuidadoso con las descripciones, que suelen ser detalladas tanto al presentar personajes como espacios.

El diálogo, el uso del monólogo interior y lo onírico

Galdós destacará por el dominio del diálogo, el cual en sus novelas aparecerá intercalado con la voz del narrador, quien contribuirá a puntualizar ciertos aspectos relacionados con la personalidad de los dialogantes. De este

modo, los personajes se irán construyendo tanto por lo que dicen como por lo que el narrador va diciendo sobre ellos, lo que dará lugar a un retrato completo de los mismos. Esto ayuda a que la novela gane en viveza, acercándola a esa realidad que el autor pretende reflejar.

En este sentido, destaca el magnífico uso que hace Galdós de la lengua hablada. De manera perfecta don Benito ajusta un gran número de idioletos a las diferentes personalidades que deambulan por su universo novelesco. Recoge las múltiples inflexiones del habla coloquial renunciando a la retórica y tomándolas de la vida misma. Esto le llevará a utilizar un gran número de giros y expresiones castizas que se in-



Caricatura de Galdós firmada por Mecachis (Eduardo Sáenz-Hermúa), ilustrador y director del semanario *La Caricatura* (1885).

crustan a cada paso en el habla de los personajes y del propio narrador.

A la caracterización de los personajes contribuirá también el uso del monólogo interior. No se trata, tal y como ocurre en el *Ulysses*, de un monólogo revuelto e inconexo. Esto no implica que carezca de complejidad, sino que cuenta con la suficiente como para dar entrada en la novela a aspectos de la vida de los personajes que solo nos es posible descubrir inmiscuyéndonos en sus más íntimos pensamientos, los que realizan a solas, dejando fluir su conciencia de manera libre. En combinación con este recurso, utilizado con la misma finalidad, suele emplear don Benito Pérez Galdós el monólogo interior libre. Ambos serán frecuentes en las novelas de introspección psicológica, tales como *La desheredada*, *Fortunata y Jacinta* o *Miau*. Muy relacionado con estos dos recursos se encuentra el de la utilización de los sueños por parte de Galdós. Como en el caso del diálogo, y de manera muy cercana al monólogo interior, los sueños le permitirán a don Benito mostrar los aspectos más íntimos de sus personajes. En ellos se dejan al descubierto las aspiraciones más profundas de los tipos galdosianos, pulsiones estas que no resulta posible descubrir en la vigilia, pero que se muestran de manera alegórica en el mundo de lo onírico.

Creación de un universo propio en el tratamiento de los personajes

Con frecuencia se considera que Galdós es el autor que con mayor intensidad y amplitud describe los diferentes tipos que constituyen la “comedia humana” de la España de la Restauración. Ofrece el autor canario, como hemos dicho, un retrato completo de sus personajes, lo que pasa por la realización de una prosopografía y una etopeya totales que no descuiden ni los aspectos de su fisonomía ni sus honduras psicológicas.

En ciertas ocasiones Galdós optará por recurrir a descripciones burlescas, que hacen gala en buena medida del humor galdosiano y anticipan algunos rasgos de lo que será el esperpento. Igualmente, Galdós llevará a cabo descripciones enaltecedoras de aquellos personajes que gozan de la estima de su autor. Forman parte de este grupo los héroes galdosianos, en múltiples ocasiones representantes acabados del burgués liberal de talante positivista defensor del progreso.

Don Benito utilizará con fruición en la descripción de sus personajes lo que se ha denominado la “perspectiva cambiante”. Esta técnica consiste en

dotar a los personajes de la suficiente dosis de mutabilidad como para que se ajusten de manera coherente a la variación psicológica que los seres humanos padecemos en el mundo real. Se constituyen de este modo entes complejos, que dudan y cambian de parecer según sean las circunstancias y las necesidades que les acucian. Es cierto que esta técnica será menos habitual en sus primeras novelas. *Doña Perfecta* constituye un ejemplo prototípico de personaje de una sola pieza. Es obvio que el dominio de este recurso irá madurando en la medida en que el autor conozca el oficio de novelista. Otra característica de los personajes de Galdós es que su mundo novelístico no se circunscribe a una sola novela. Resulta bastante habitual que los personajes reaparezcan en distintos textos, construyendo de este modo un paisaje humano que parece caminar y respirar por el orbe ficticio creado por el autor. Este tipo de relaciones intertextuales, especialmente común en las llamadas “novelas contemporáneas”, dotan a la ficción novelesca de una autonomía conscientemente pretendida por Galdós, la cual, si cabe, se ve reforzada por la inclusión en sus novelas de personajes pertenecientes a la realidad de su tiempo.

Entre la nómina de personajes creados por Galdós encontramos un grupo que Ricardo Gullón ha denominado “personajes anormales”. Este gusto por la anomalía social, que algunos autores como Pedraza y Rodríguez Cáceres han emparentado con las técnicas naturalistas, pretende registrar una serie de patologías “psíquicas” que se derivan directamente de las condiciones ambientales impuestas por la sociedad contemporánea. Se trata de seres ambiguos y contradictorios que buscan alcanzar su pleno desarrollo vital pero que lo encuentran coartado por las imposiciones sociales. Gullón habla de cuatro tipos de personajes anormales:

Dementes. Podemos considerar como tal al pobre Villamil, que termina enloqueciendo en *Miau* o, desde cierto punto de vista al menos, a Nazarín en la obra homónima.

Neuróticos. Un caso de histerismo de manual sería el de Beatriz en *Nazarín*.

Epilépticos. Tal es el caso del ciego de *Torquemada en la cruz* y *Torquemada en el purgatorio*, Rafael del Águila.

Rebeldes. Sería posible incluir en este grupo a Mauricia la Dura, de *Fortu-*

nata y Jacinta, pura energía ella que se mueve entre lo enigmático y lo demoníaco.

Humor

El humor será una constante a lo largo de toda la creación literaria de Benito Pérez Galdós. Discurre este por las novelas galdosianas con sosegada mansedumbre, cimentado en la ironía que en múltiples ocasiones se vuelve hacia los personajes, lo cuales serán tratados con una mezcla de cariñoso desdén y cordialidad.

Alberto Montaner distingue dos etapas a su juicio claramente diferenciadas. En sus primeras novelas Galdós haría gala de un humor quevedesco, que caería muchas veces en lo caricaturesco. Generalmente los antagonistas son descritos en estas novelas como seres grotescos, recurriendo en muchas ocasiones el autor a la animalización o cosificación de sus rasgos más destacados. Para Baquero Goyanes, contra lo que podría parecer, Galdós no detecta ninguna contradicción entre el empleo de estas máscaras de carácter burlesco y sus pretensiones realistas.

Durante su etapa de madurez el humor galdosiano continuará presente si bien, como señala Montaner, ya no resultará tan hiriente como en la etapa anterior.

En definitiva, Galdós era no solo un extraordinario creador de historias que nos templan el ánimo, sino el hombre que buscó la manera más expresiva de contarlas, utilizando formas desconocidas por entonces en Europa, como el usar la segunda persona narrativa, técnica apropiada para mostrar cómo entablamos una conversación con ese que llevamos dentro. O utilizar el puro diálogo en la novela *Realidad* para contar una historia personal, que dramatizaba la dificultad de entender el encaje de la vida personal en la social. Un Galdós que abre la puerta a esa difícil tarea de vivir con la plena conciencia de nuestros actos y la responsabilidad que conlleva.